

viendo en el semblante de todos que era mal acogido. Había tomado el pie que, que después se convirtió en tanto de permanecer aislado. Dejó atrás la Espinada, y después la Salada. De cuando en cuando se volvía, y veía detrás de él, en la tumba, el Colmado que acababa de hacerse la vela. Había poco viento, por lo que Gilliatt andaba por las pizas que el padre Gilliatt andaba por las últimas rocas de la orilla del mar, con la cabeza baja. El hijo empezaba a subir, y se detuvo un momento, y volviendo la espalda al mar, contempló por espacio de algunos minutos, una isla de las penascos que oculta. **LA GRAN TUMBA.** V. Allí de encinas. Están las encinas del lugar llamado las Masas Mansas. Allí, en otro tiempo, debajo de aquellos árboles, un beho de Derichette había escrito su nombre. Gilliatt, en la nieve. Hacía mucho tiempo que aquella isla

Gilliatt siguió la orilla del agua, pasó rápidamente por Saint-Pierre Port, empezó luego á andar hácia Saint-Sampson á lo largo del mar, ocultándose de los que pudieran encontrarle, evitando los caminos concurridos, que por su culpa estaban llenos de transeuntes.

Sabido es que desde mucho tiempo había adoptado una manera peculiar suya de cruzar el país en todos sentidos sin que nadie le viera. Conocía todas las veredas, se había formado itinerarios aislados y tortuosos; tenía la costumbre arisca de todos los que se reconocen poco simpáticos, y permanecía alejado de todo el mundo. Niño aun,

tenais prisa. El invierno tiempo, habéis venido, y recordad. Hemos algo, pero son recuerdos que de nada sirven. La cosa se remonta á un día en que habia nevado. Y después, una vez que pasó, me pareció que os habia conocido. Así se explica todo. En cuanto á lo de ayer, yo no habia tenido tiempo de contar en mi casa; salí del trabajo, estaba enteramente destrabado, caí en mi cama, os sentasteis á la puerta; yo me contaba mal, no está bien presentarse á la gente como me presente yo, os suplico que me perdonen. Os he dicho casi todo lo que quería decir. Vais á partir. Tendréis buen tiempo. El viento viene del Este. Adios, señores. No os parece mal que os diga algo, ¿no es verdad? no os hago perder más que un minuto.

—Pienso en eso como, respondió Derichette. ¿Por qué no lo contrarías para vuestras cosas, cuando os casen?

—Señora, dijo Gilliatt, yo no me casaré probable-

—Será de sentir, porque es bueno. Gracias.

Y Derichette se sonrió. Gilliatt le devolvió su sonrisa.

Después ayudo á Derichette á entrar en la lanchara.

No había aun trascurrido un cuarto de hora, cuando la lanchara en que estaban Ebenezer y Derichette abordaba el Colmado en baliza.

CAPILLA ALONSO DE  
BIBLIOTECA

viendo en el semblante de todos que era mal acogido, había tomado el pliegue, que despues se convirtió en instinto, de permanecer aislado.

Dejó atrás la Esplanada, y despues la Salerie. De cuando en cuando se volvía, y veía detrás de él, en la rada, el *Cashmere* que acababa de hacerse á la vela. Hacia poco viento; por lo que Gilliatt andaba mas de prisa que el buque. Gilliatt andaba por las últimas rocas de la orilla del mar, con la cabeza baja. El flujo empezaba á subir.

Se detuvo un momento, y volviendo la espalda al mar, contempló por espacio de algunos minutos, mas allá de los peñascos que ocultaban el camino del Valle, un bosquecillo de encinas. Eran las encinas del lugar llamado las Basses Maisons. Allí, en otro tiempo, debajo de aquellos árboles, un dedo de Deruchette había escrito su nombre, *Gilliatt*, en la nieve. Hacia mucho tiempo que aquella nieve se había derretido.

Prosiguió su camino.

El día era el mas encantador que había habido en todo aquel año. Aquella mañana tenía no sé qué de nupcial. Era uno de aquellos días primaverales en que mayo se despilfarra, se gasta todo entero; la creacion no tenía al parecer otro objeto que darse una fiesta y ser feliz. Bajo todos los rumores, los del bosque como los de la ciudad, los de las olas como los de la atmósfera, había un arrullo. Las mariposas se posaban sobre las primeras flores. Todo era nuevo en la naturaleza, las yerbas, los musgos, las

hojas, los perfumes, los rayos de luz. Parecía que el sol no había servido nunca. Las guijas estaban recién lavadas. La profunda cancion de los árboles estaba cantada por pájaros nacidos el día anterior. Es probable que su cáscara de huevo rota por su piquito estuviera aun en el nido. Ensayos de alas metían ruido entre el temblor de las ramas. Cantaban su primer canto, y volaban con su primer vuelo. Era una dulce charla de todos á la vez, abubillas, gallos, fringipalos, abejarucos, picamaderos, gilgueros, alondrillas, gorriones y zorzales. Las lilas, los lirios de los valles, los dafnes, las glicenias, formaban en los montes bravos una confusion de colores esquisitos. Una preciosa lentejuela de agua que se cria en Guernesey cubria los pantanos con una sábana de esmeralda. Las nevatillas y collalvas, que forman nidos tan pequeños y graciosos, se bañaban en las orillas. Por todos los espacios de la vegetacion se percibia el azul del cielo. Algunas nubecillas lascivas se perseguían en la azulada bóveda con ondulaciones de ninfas. Se creía sentir el roce de besos que se enviaban bocas invisibles. No había tapia algo antigua que no tuviese, como un casado, un ramillete de alelías. Los endrinos estaban en flor, y en flor también los citisos; se veían racimos de flores blancas y amarillas que centelleaban entre las cruzadas ramas. La primavera echaba toda su plata y todo su oro en el inmenso canasto de los bosques. Los renuevos estaban todos frescos y verdes. Se oían en el aire gritos de regocijo. El verano hospitalario abría su puerta á los pájaros lejanos. Era el instante de

la llegada de las golondrinas (1). Los tallos de las alia-  
gas recamaban los declives de los caminos hondos, aguar-  
dando á los tallos de las ogicantas. Lo elegante y lo bello  
estaban en buenas relaciones; lo soberbio se completaba  
con lo gracioso; lo grande no ahogaba lo pequeño; no se  
perdía nota alguna del concierto; las magnificencias mi-  
croscópicas ocupaban su término en el cuadro de hermosu-  
ra universal, en el cual se distinguía todo como en una  
agua limpia. En todas partes una divina plenitud y una  
turgencia misteriosa hacían adivinar el esfuerzo pánico y  
sagrado de la savia laboriosa. El que brillaba, brillaba más;  
el que amaba, amaba mejor. Había himno en la flor y res-  
plandor en el ruido. La grande armonía difusa se dilataba.  
Lo que empieza á brotar provoca á lo que empieza á brotar,  
y se establece una emulación fecunda. Una turbación, que  
venía de abajo, y que venía también de arriba, conmovía  
vagamente los corazones, corruptibles á la influencia  
dispersa y subterránea de los gérmenes. La flor prometía  
oscuramente el fruto; toda virgen soñaba; la reproduc-  
ción de los seres, premeditada por la inmensa alma de la  
sombra, se esbozaba en la irradiación de todas las cosas.  
En todas partes se veían desposorios. Había un himeneo  
infinito y universal. La vida, que es la hembra, se apa-  
reaba con el infinito, que es el macho. Hacía buen tiempo,  
un tiempo claro, un tiempo caliente; por entre vallados,  
dentro de las cercas, se veía á los niños riendo y jugando.

(1) Las golondrinas, que en nuestro país aparecen á principios de abril,  
no llegan á las islas de la Mancha hasta mayo.

Algunos jugaban al tres en raya y á los cinciacos (1). Los  
manzanos, los albrichigos, los cerezos, los perales, cu-  
brian los vergeles con sus copas amarillentas ó encarna-  
das. En la yerba, primulas (2) viscaperiscas, aquileis (3),  
margaritas, gencianillas, y violetas y verónicas. Las bor-  
rajas azules, los lirios cárdenos, pululaban mezclados con  
esas pequeñas estrellas de color de rosa que florecen siem-  
pre en grupos y que se llaman por lo mismo «compañe-  
ras.» Corrían entre las piedras insectos enteramente do-  
rados. Las siemprevivas en plena florecencia, adornaban  
los lechos de bálago. Los zánganos de las colmenas es-  
taban fuera. Las abejas trabajaban. La extensión estaba  
llena del murmullo de los mares y del zumbido de las  
moscas. La naturaleza, permeable en primavera, estaba  
húmeda de voluptuosidad.

Cuando Gilliatt llegó á Saint-Sampson, no había aun  
agua en el fondo del puerto, y pudo cruzarlo á pie seco y  
desapercibido por detrás de los cascos de los buques que se  
estaban carenando ó recorriendo. Una hilera de piedras  
chatas, algo distantes unas de otras, que había allí per-  
manentemente, facilitaba el paso.

Gilliatt pasó sin ser visto. La multitud estaba en el  
otro extremo del puerto, cerca de la boca, en los Bravées.  
Allí estaba su nombre en todos los labios. Tanto se habla-

(1) Juegos de muchachos.

(2) Yerba de San Pablo.

(3) Especie de cebada que crece espontáneamente en algunos lugares hú-  
medos de Europa.

ba de él, que nadie fijaba en él la atención. Gilliatt pasó, ocultado en cierto modo por el ruido mismo que él metía.

Vió de lejos la panza en el mismo punto en que él la había amarrado, la chimenea de la máquina entre sus cuatro cadenas, un movimiento de calafates trabajando, siluetas confusas de gentes que iban y venían, y oyó la voz recia y alegre de mess Lethierry que daba órdenes.

Se hundió en la maleza.

No había nadie detrás de los Bravées, por hallarse delante de ellos toda la curiosidad escitada. Gilliatt tomó la senda que orlaba la tapia baja del jardín. Se detuvo en el ángulo en que crecía la malva campestre; volvió á ver la piedra en que se había sentado, y el banco de madera en que se había sentado Deruchette. Miró la tierra de la alameda donde había visto abrazarse dos sombras, que habían desaparecido.

Se puso de nuevo en marcha. Trepó por la colina del castillo del Valle, después volvió á bajar, y se dirigió al Bu de la Calle.

El Houmet-Paradis estaba solitario.

Su casa estaba tal como él la había dejado aquella misma mañana después de haberse vestido para ir á Saint-Pierre Port.

Había una ventana abierta que permitía ver desde fuera el bug-pipe colgado de un clavo.

Encima de la mesa se veía la pequeña Biblia dada como muestra de gratitud á Gilliatt por un desconocido, que era Ebenezer.

La llave estaba en la cerradura. Gilliatt se acercó, cerró la puerta con doble vuelta de llave, se metió ésta en el bolsillo y se alejó.

Se alejó, no por el lado de tierra, sino por el lado del mar.

Atravesó diagonalmente su jardín por lo más corto, sin tomar precaución ninguna respecto de los acirates, pero procurando no pisar las plantas que había cultivado porque eran del gusto de Deruchette.

Franqueó el parapeto y bajó á las rompientes.

Siguió la larga y estrecha línea de arrecifes que enlaza el Bu de la Calle con el grande obelisco de granito levantado en medio del mar que se llamaba la Corne de la Bete. Allí es donde estaba la silla Sild-Holm-Ur.

Pasaba de un arrecife á otro como un gigante de una á otra colina. Andar á zancadas por una cresta de rompientes es como correr por el alero de un tejado.

Una pescadora, que con los pies desnudos recorría á alguna distancia los charcos que había dejado la marea y que volvía á la playa, le gritó; ¡Cuidado! El mar está subiendo.

Él siguió avanzando.

Al llegar al gran peñasco de la punta llamada la Corne, que formaba un pináculo en el mar, se detuvo. Allí concluía la tierra. Estaba en el extremo del pequeño promontorio.

Miró.

En alta mar estaban pescando algunas barcas ancla-